

Lo que no caben en un planeta

Ambar nocturna T.V.



Capítulo 1

Los Chimuelos.

Como es lógico imaginarse, al inicio de mi vida me era imposible verbalizar mis emociones o siquiera dimensionarlas. Sin embargo, al contar actualmente con recursos de sobra, la idea de hablar sobre mis sentimientos, queda en un plano secundario comparado con la posibilidad de sublevarlos a la dimensión artística. Por ello lector, en el afán de entretenerte, propongo traer a la conversación un recorrido guiado al lugar donde se cocinan (en su forma más primitiva), las ideas.

Al traspasar la desvencijada barrera de metal oxidado y reciclado, vestigio de múltiples choques, nuestros ojos pueden captar un espacio casi muerto, donde apenas brotes silvestres se dejan ver. De frente, como rompiendo en dos la panorámica, se ubica un árbol de amplia envergadura y tronco lastimoso, que reta las formas básicas en lo que a peso y física corresponde.

Donde termina la sombra, donde las lagartijas que retozan sobre la madera no se atreven a pararse, se encuentra edificada una casa modesta de adobe, custodiando una capilla de hechura notoriamente antigua. Quizás perteneciente al tiempo en que la tierra no era tan ácida y no se hacía tanto agujero para buscar el agua del día.

Puertas a dentro, en la silla que mira al exterior desde una ventana sin cristal, descansa la comatosa abuela Rosario. Quien quedara viuda desde los treinta años, únicamente dedicándose a sus dos retoños de biznaga: El mayor llamado Joel, se quedó estancado, en mente y alma, cuando tenía cinco años, e Inocencio el menor, que sacó la bravura y terquedad de la familia paterna.

Por esos mismos elementos, el autodenominado "cabeza de familia", arrastró consigo a sus parientes, junto con una chamaca llamada Violeta. Huyeron de los judiciales, hasta el páramo donde radicarían indefinidamente y ahí, la niña adoleció y se convirtió en madre de tres, sin desearlo.

Un trío de figuras a las que le costaba trabajo ver, sin sentir una repulsión punzante, nacida desde el útero. Dos niños en los que podía observar la mirada del padre y una niña que heredó la nariz de la abuela, pero en los cuales le era imposible encontrarse.

A medida que los niños crecían, la fuerza vital de su madre se secaba y acidificaba como el terreno que los rodeaba. Sus brazos se cubrieron de urticaria, luego de escamas y gradualmente estas se volvieron espinas. Las diversas frustraciones que en ella residían, se volcaron en comentarios

hirientes y de profunda desaprobación.

Avergonzada de sus acciones y su apariencia, comenzó a vestir rebozos negros que la hacían ver como un alma penitente. Así mismo, para evitar que cualquier acto, hasta aquellos nacidos de la lástima, hirieran a sus inocentes crías, comenzó a encomendarles la tarea de orar por la familia encerrados en la capilla vecina, mientras ella vertía su atención en el cuidado de la casa.

Todo recayó en un estatus de pasividad forzada a espaldas del padre, quien rara vez se ocupaba de los "Asuntos de viejas". Cuando el mayor de los niños alcanzó la década de vida, sucedió una de esas coincidencias que se suelen atribuir al santo local.

Fue Joel quien pudo verlos primero al llegar en caravana, con una tormenta de polvo detrás. El circo de los Hermanos Nieves, se adentraba con sus coloridos camiones y remolques, anunciándose en su vistoso sistema de sonido. El motor de uno de sus camiones, el principal, echaba humo por todas las ranuras, forzando una parada y, posteriormente, acampada al cobijo del follaje solitario.

Todos asombraron a la familia con sus estafalarios trajes, modismos y costumbres. Piel tatuada, plumajes exóticos, pinturas faciales, acentos y máscaras, se volvieron golosinas visuales para el tío, los niños y, sobre todo, para la reprimida y abandonada Violeta.

Sin embargo, aquel que terminaría revitalizando su estremecer, era el forzudo del espectáculo, al cual anunciaban como atracción principal bajo el sobrenombre de: "El tizado". Un hombre nacido en Kingston, con la piel tan negra y lustrosa, que pareciera estar moldeada en carbón mineral. Un físico brutalmente trabajado, únicamente opacado por la presencia de una hipnótica máscara reluciente en colores cálidos. Mascara que ocultaba los estragos de una enfermedad, a la cual le llamaron: "el toque del diablo blanco".

Ambos enfermos y atorados sin ser dueños de sus pasos, encontraron en la compañía del otro, un consuelo y el entendimiento que nadie les había brindado. De este vínculo fue creciendo un amor platónico, el cual llegó a su clímax durante la función gratuita que los hermanos Nieves ofrecieron a sus vecinos. Tras la cual, el fornido le propuso a su amiga, escapar con el circo: "aunque sea a morir por otros lados".

La mujer, quien había perdido las espinas y en su lugar comenzaban a retoñar flores, decidido tomar la oferta, aun si le atormentaba abandonar a Joel y Rosario, quienes siempre le dieron trato digno y empatía, desde sus limitaciones. También pensó en los niños, en la culpa que le daba hacer pagar a las criaturas por su paz personal, pero era más fuerte su incapacidad de percibirlos como iguales y el miedo que le invadía al tener

que seguir contemplándolos a diario.

Esa mañana arribó. En la terracería solo quedaban como vestigios las marcas de neumáticos y alguna basura ocasional, olvida por accidente. Inocencio despertó apenas consciente de su entorno y exigiendo su desayuno. Como siempre, gritoneo el nombre de su robada esposa, antes de irse en su motocicleta a mercar.

El plato jamás llegó, ni siquiera el olor de la comida le recibía. Tardó una hora para realmente percatarse de la ausencia que ahora invadía la casa, en forma de rechinares y crujidos. Entonces sintió una lagrima escaparle, pesada y venenosa como el plomo. Y quien antes se había desvivido ante sus hijos en caricias y cumplidos al llegar del trabajo, ahora se devolvía a su cuartucho dispuesto a sacarles la verdad con sus polvorientos nudillos.

Los niños, incluso el tío, recibieron los castigos que tanto tiempo la madre había escondido enmudecida. Incluso algunas de las que pensaban eran marcas de nacimiento, se reprodujeron en sus cuerpos con exactitud, al reproducir su trágica manufactura.

No fue hasta que el infante mental, en el afán de liberarles del castigo, contó a su hermano sobre el amorío de su cuñada y su rebautizo como: "la planta humana". Embriagado por la rabia, Inocencio tomó su machete y cabalgó su motocicleta, hasta el tercer pueblo que encontró.

Ahí, como en los otros dos pueblos anteriores, rebuscó la caravana de los hermanos nieves, sin conseguir respuesta. Desgraciadamente para él, aquel acto implicaría su final prematuro. Pues en un descuido, mientras recorría como demonio el poblado machete en mano, la gente le escuchó decir su verdadero nombre.

Rápidamente, se vio rodeado de judiciales armados con rifles y metralletas. Más rápido aun, calló el cuerpo abatido de Inocencio sin siquiera poder sacar el machete de la funda, con los dedos trabados en el mango. Los que estuvieron presentes comentaron, más como rumor que verdad histórica, que del cuerpo inerte salieron víboras de ponzoña en vez de sangre.

Su vida, sus crímenes y su muerte, fueron contados y comentados por todos los poblados a la redonda. Pronto, todos estaban enterados de la brutalidad de sus acciones y el salvajismo con el que vivió gran parte de su vida. Sin embargo, para quienes le trataban de primera mano como vendedor, todo aquello les parecía un paréntesis exagerado para calumniar al hombre que se preocupaba por las almas desatendidas de su localidad.

Se tiraron cuetes, contrataron bandas que amenizaran las fiestas, las viudas apócrifas lloraron por siete días y se puso un altar para agrandar el santoral local. Todo en conmemoración de sus buenas acciones y su sacrificada personalidad, de cara al poblado.

Mientras todo aquello tenía lugar, de vuelta en la tierra abandonada, el desamparo se apoderaba de todos los habitantes. Ajenos a cualquier oficio que les pudiera servir para afrontar la situación, la triada de infantes se encerraron en lo único que conocían, la oración. Rezaron entre alaridos, hasta que el hambre pudo más que la fe.

Al borde del desfallecimiento, comenzaron a consumir las lagartijas del árbol. Cocinaron su carne y bebieron sus lágrimas, hasta acabar con el último reptil de la zona. Después, intentaron comer los frutos de los que se alimentaban los animales, pero su sabor les era amargo, melancólico e incluso disparaba los recuerdos de su madre.

Estando de nuevo volcados en la necesidad, los niños decidieron vagar a guarache por los alrededores, en busca de cualquier cosa que pudiera alimentarles, por lo menos hasta ver el siguiente día. Fue una noche en la que, guiados por un aroma que les transportaba al chicharrón que traía su padre del trabajo, que los hermanos se aproximaron a su frontera, donde una llameante carrocería les esperaba, sin nada vivo a la redonda.

Después de eso, rutinariamente salían de casa todo el día y, para cuando la noche se dejaba ver, el tío Joel los miraba regresar con enormes bolsas de carne hedionda. Misma que asaban en el exterior de la casa y consumían con rapidez, como avergonzados. Acto que desembocaba en un éxtasis sobre natural, que vivían encerrados durante horas en la capilla, de la cual solo emanaban gritos, risas y cantos.

Los estragos por su dieta y rutina, se hicieron visibles progresivamente. Primero aparecieron las manchas en la piel, luego la pérdida gradual de cabello y, eventualmente, sus dentaduras se tornaron ennegrecidas. Para cuando el primogénito alcanzó la adolescencia temprana, había perdido molares e incisivos, pero ganado colmillos afilados, adaptados para el consumo de carne.

Sus mentes también se vieron afectadas. Perdidos entre delirios que no parecían terminar (solo interrumpirse), abandonaron cualquier conocimiento previo y se dedicaron a formar su propia micro sociedad, con sus dioses y demonios. Crearon su lengua particular, que marchitaba el aire, junto a sus propios ritos sincréticos.

El único bastión donde encontraba lugar el mundo externo, era en las ensoñaciones del Tío Joel y la ausencia mental de la abuela Rosario. Ambos sobrevivientes, gracias a alimentarse del oriundo fruto rechazado. Precisamente, el no verse coludidos con sus parientes, lo que marcaría el

final de sus vidas.

Todo se dio cuando, en una de tantas noches mientras asaban ansiosos la carne, una sortija saltó de entre las brasas al terregoso suelo. El trozo incandescente rodó algunos centímetros, pero pasó desapercibido por los comensales, incluso cuando huían a refugiarse en el encierro. Pero la mirada casi ciega del retrasado consiguió captar ese momento que, durante las primeras horas de sol, revelarían un elemento humano.

Ahogado por el pánico, salió corriendo y gritando, entre balbuceos, la naturaleza de su descubrimiento. Aquellos gritos despertaron a sus carnívoros captores, quienes se dispusieron a buscarle para callarlo. Un de ellos, el menor, consiguió llevarse de improviso la carabina empolvada del padre, dispuesto a terminar de una vez con el problema. Una bala consiguió terminar con el problema, directamente al pecho. El hijo menor resultó heredar el tino del padre.

Para no desperdiciar nada, el mayor se acercó al familiar inerte. Lo tomó de la pierna y se dispuso a arrastrarle. Pero, para sorpresa de la triada siniestra, lo que brotaba de la herida, no era sangre. El color asoleado de la tierra, fue devorado por el vivido color salvaje de lo vegetal.

Espantados, los abandonados comensales se apartaron sin alcanzar a vocalizar ruido alguno. Huyeron intentando poner tierra de por medio, hasta atrincherarse en su útero artificial de adobe.

Pero a su llegada, la matriarca inerte les esperaba, abriendo masa y cantera para expulsar un enjambre de mariposas azuladas, que recubriese lo que no tuviera vegetación encima. El alteo calmó y la textura compuesta de organismos, dio paso a la quietud acuífera de una laguna.

Apartamos la mirada al compás del lamento culposo. Nos despedimos de la barrera metálica, de los árboles y perdemos el hilo de la historia, en medio de la cascada tipográfica virtual.

Capítulo 2

Tiger the Kid.

Mi Introducción a la lucha libre es relativamente nueva. No he seguido a las grandes dinastías del "pancracio", ni me he curtido visitando las arenas locales con los años. Junto a monumentos del "respetable" como Doña Virginia, uno apenas ha conseguido ojear la superficie del mundillo.

Con un currículum tan reducido como el mío, lo que estoy a punto de plantearle quizás suene a un disparate (y sinceramente, no lo juzgo por ello): Tiger the Kid, es sin lugar a dudas, uno de los más icónicos y grandes luchadores de la pasada década.

Su origen, canónicamente hablando, es el de un joven que, perdido en las selvas de la India, aprendió las artes de los faquires y la fiera que expresan los tigres al cazar. Más tarde, por una serie de sucesos desconocidos, llegaría a Japón donde conocería a un luchador mexicano que se lo llevaría a estudiar lucha libre (algo bastante común en el ámbito).

Aunque, extraoficialmente hablando, se cree que su origen es mucho más humilde. Pues algunos rumoraban que se trataba originalmente de un huérfano que, al alcanzar la mayoría de edad, se mudó a Monterrey donde aprendería el "oficio de los costalazos", mientras trabajaba en "cualquier chamba que le callera".

El "gato que no araña", como también le llama el público, ha conseguido incrustarse en la mitología del deporte por su desbordante personalidad, dentro y fuera del ring; Humilde pero no agachado, retador pero respetuoso, con un porte fiero contra el adversario y amigable con el aficionado que le respalda.

Sin embargo, no solo de carisma se ha construido como luchador, pues lo icónico lo lleva en cada poro. Su máscara es sin duda llamativa, por el estilo "retro", minimalista y bicolor con el que se maneja, diferenciándolo de otros luchadores felinos actuales. Una tapa amarilla con adornos que simulan sus rallas en azul rey y un antifaz que recuerda vagamente al "maestro lagunero", Blue Panther (probablemente un homenaje al mismo).

Flaco correoso de lucha rápida y sobre todo resistencia, así podríamos definir su estilo sobre el cuadrilátero. Un estilo que se centra más en la táctica, que en la espectacularidad de sus movimientos. Sumado a esto, su arquetipo ha sido siempre el de un héroe trágico, por lo que

constantemente lo encasillan en el bando de los rudos.

Eh tenido la oportunidad de verlo luchar y hablar con él, en contadas ocasiones (más de lo primero, que de lo segundo). Como aficionado, puedo decir que es simplemente impresionante el tira y afloja con el que el público lo recibe, pues es la perfecta definición de "hacerse querer".

Al inicio del combate, los ánimos se van del lado de los técnicos y su imagen impoluta. Conforme la lucha avanza y el felino toma control de la situación, el público consigue ver en él, un reflejo de su idiosincrasia que reza: "Dios aprieta, pero no ahorca".

Para el final de la contienda, el resultado ya no importa del todo. La gente abraza la fortaleza del gladiador felino y lo baña con aplausos que se entremezclan en abucheos. El gentío se dispersa y consigue retomar su vida inspirados para mantenerse a flote, mientras Tiger se escapa para comerse una torta con los amigos.

Si tuviera que elegir una lucha que representara mejor lo que a grandes rasgos acabo de describir, seria aquella que dio final a la rivalidad de meses entre Tiger the Kid y El Quinto, otro icono impresionante.

Poseedor de un físico de miedo y un porte estoico, El Quinto es un personaje del que tendríamos que dedicar un recorrido en solitario sobre su vida. Aunque, simplemente para dar contexto, podemos decir que se trata de un técnico con fachada de rudo, cuyo trasfondo como el hijo despreciado, lo ha llevado a buscar el calor del respetable. El eterno velador de la calidad del show que haga valer cada centavo del boleto.

El choque de fieras comenzó cuando el "Hijo de la afición" (como también se le conoce al Quinto), despotricó en contra de algunos luchadores jóvenes que se estaban haciendo de fama y un status en las carteleras, durante una entrevista. Entre ellos, El Quinto nombró a Tiger the Kid, señalándolo como:

"Un rudo que no sabe ser un buen rudo. Solo sabe sacar fama de la lástima que le tiene el público por dejarse golpear. Eso no es lo que hace un rudo.

Uno bueno, de verdad, se pone fiero y se baña en el odio. Este no, solo roba el protagonismo de los que de verdad venimos a trabajar".

Aunque muchos de los aludidos respondieron en su momento (cosa que les costó sus mascas y cabelleras a manos del depredador veterano), el felino se guardó las palabras hasta el califico para la cartelera del siguiente evento, donde aclaró su respeto por el luchador veterano, pero

reafirmo que el público:

“Elige a los ídolos y el espectáculo que desean ver. No importa cuánto nos esforcemos por quedarnos con su cariño y atención”.

Aquellas palabras significaron un golpe de ego para el técnico, que se aseguró de presionar mediáticamente al Tigre para hacerle sacar las garras. Sin embargo, no fue hasta que los aficionados se entregaron por completo al conflicto, que “El gato que no araña”, respondió con nuevas declaraciones y lucha de apuesta con fecha.

Los días pasaron, el silencio era como un engrudo que mantenía estancada la atención de “respetable”, en caso de que alguno de los gladiadores lo rompiera. Cosa que no sucedió hasta el día de la lucha, donde El Quinto hizo su aguinaldo mediático con declaraciones que desacreditaban a toda la nueva escuela de lucha.

Al momento de iniciada la función, el peso de toda una generación de luchadores y sus diversas fanaticadas, caía en los hombros de un solo personaje. Luchador que, para acabarla de amolar, era un rudo y estaba de visitante en la casa del veterano.

Conforme las primeras luchas de la noche se daban, el público (que de por sí ya abarrotaba todos los espacios disponibles), estallaba de emoción y ansias por la resolución de la apuesta. En el camerino, “El hijo del pueblo” se encontraba entusiasmado por los gritos de la afición. Dicen que mientras se anudaba la máscara, se le podía observar una sonrisa de goce.

La hora violenta llegó y la arena se puso de alarido. En los altavoces se podía escuchar los vientos de la canción “Obsesión” con Benny More, aquella que daba la bienvenida al depredador residente. Luciendo una máscara de tapa verde bandera, un par de cincos en color rojo a los costados y un contorneado puntiagudo alrededor de los ojos y boca, el Quinto entró saludando a los niños y adultos que le pedían fotografías.

Se le podía ver confiado mientras se dirigía al cuadrilátero, como si la lucha solo se tratara de un trámite para conseguir una nueva máscara que exhibiría en la sala. Cuando por fin se colocó sobre la lona, tomó su tiempo para alebrestar el panal, con ayuda de los narradores. Le era reconfortante escuchar su nombre a cada movimiento y pose que hacía.

Antes de que pudiera terminar su presentación, una canción rompió su ánimo festivo. Percusiones agresivas y sonidos chirriantes consumieron los gritos de apoyo. Cuando “Pom The floor” de Major Lazer comenzó con los redobles de tambor, aparición un Tiger the Kid saltando, haciendo gala de su agilidad y sacando a relucir su personaje. Su oponente se limitó a

cruzar los brazos.

El réferi marco las pautas y dio inicio al combate. Era clara la diferencia de tonelaje entre las dos bestias del pancracio y, al ser una lucha de una sola caída, los gritos en contra del joven se hicieron presentes desde el inicio.

Sonó la campana.

Accionó primero el Quinto. Tomando ventaja de su corpulencia, arrinconó al tigrillo a punta de machetazos y en respuesta, el felino solo pudo meter las manos. Cuando ya lo tenía aturdido, lo agarró del brazo y lo aventó con un látigo directo a las cuerdas. Como Tiger regresaba por rebote, el "depredador de la sangre joven", ya lo esperaba con un tope al pecho. El muchacho no alcanzó a reaccionar y calló desplomado al suelo.

Quinto aprovechó para tomarlo de la pierna y hacerle una llave, mientras en la parte visible de su rostro se pintaba una sonrisa de soberbia. Más tardó el réferi en contar a dos, que el gato consiguió liberarse.

The Kid cambió a la ofensiva, intentando una barrida que el hijo del abandono evadió. Prosiguió abalanzándose a su contrincante en intento derribarle, solo para desistir antes de que los fornidos brazos del corpulento luchador lo tomaran para un suplex.

Al encontrar su oportunidad, se azotó contra las cuerdas y, tomando impulso, arremetió contra el pecho del técnico, desbalanceándolo hasta caer. Con el grandote en suelo, el rudo sacó sus movimientos más sucios y lo mantuvo tirado con patadas al pecho y espalda. Hasta que el de la máscara verde le detuvo la pierna y lo tumbó al suelo.

La contienda se mantuvo a ras de lona, pues entre la lucha por el control del terreno, el veterano tenía las llaves de la casa. Los castigos al menor de los gladiadores, lo desgastaban al grado de verlo a punto del desplome, sin necesidad de que su contraparte técnica tuviera que intervenir.

Pasados los veinte minutos, el tigre de la india pudo aprovechar una contra-llave para arrastrar a su castigador, al terreno de las cuerdas y con ello, acelerar el combate. Vuelos, latigazos, topes y planchas salieron a escena por parte del rallado. Pero no fue hasta que el colmilludo le soltó una patada voladora en el pecho, que el guardián del espectáculo decidió mostrarle a la arena entera, que también podía defenderse en el vuelo.

Desgraciadamente para él, su fortaleza le restaba la agilidad necesaria para atrapar al de los reflejos de gato. Aunque por momentos alcanzaba a tumbar a su contrincante, la mayoría de veces los saltos aterrizaban en la lona o la primera fila. Caídas que divertían y causaban la burla de su

propia porra.

Harto, el quinto hijo abandono su título como técnico y abatió a su ágil rival con la totalidad de su tonelaje en una tacleada directa a la esquina del ring. Tiger perdió el aire y por poco la conciencia. Ante la mirada atónita de su gente, el Quinto golpeo a puño cerrado al convaleciente luchador.

Lo que aconteció después, se pasea en la barrera entre el milagro y la tragedia. Con la máscara rota y el rostro ensangrentado, Tiger The kid se aferró al brazo de su verdugo, a lo que el público correspondió festejando. Usó el propio impulso de su adversario y lo aventó fuera del cuadrilátero.

Las gradas se reventaron en halagos al chamaco tigre. Los narradores no cabían en sus lugares del entusiasmo. El quinto se tomó un respiro de segundos en el suelo. Cuando al fin se puso de pie, miró los ojos del tigre atreves de la sangre y el sudor, sin perder su mirada de combate.

Los cordones se aflojaron lentamente, ya no había razón para seguir acelerando sus movimientos. Estaba destrozado y por más terco que pudiera ser, sabia reconocer cuando ya no le quedaba nada por dar.

Aquella noche, la máscara de Ignacio Rangel calló, y con ella también la carrera del Quinto. Quien, a la fecha, sigue reconociendo las habilidades de su amigo y compañero de tortas, Tiger the Kid.

Capítulo 3

Niña Mantín.

Un diario me llegó el martes de la semana pasada, apenas hoy tuve la iniciativa de hojearlo. Lo encajoné, lo arrumbé mentalmente con la ayuda de la telebasura y el ocio, hasta que la madrugada se encargó de traerlo a mis manos. Me repelían tres principales factores: El deteriorado estado en el que se encontraba, la peste a hongos y el origen de su contenido.

El doctor Gerard Dalton y yo, no terminamos especialmente en los mejores términos. En realidad, "terminamos" es una forma de plantear la situación, demasiado benigna para la realidad de los hechos. Supongo que siempre eh flaqueado al momento de confrontar todo lo relacionado con él.

Nuestra relación comenzó durante mis primeros años de facultad, años de inocencia intelectual desbordada. Nos separaban algunos semestres. Aun con eso, podía reconocerle en las áreas comunes. Como quien reconoce, a tientas, cualquier alteración del mobiliario en los pasillos.

Todo un espécimen. Una silueta esbelta con un aire demacrado, una expresión silente tras la que se escondían unos ojos amarillentos y brumosos, sobre una piel en la que los colores pálidos, parecían llenos de vida. Poseedor de una mueca casi muerta, que parecía contener las palabras que daban forma y estructura a sus ideas. Si no fuera por sus menciones en la gaceta estudiantil, habría pensado que se trataba de un ser artificial, producto de las altas exigencias en el plantel.

Entramos en contacto cuando, por recomendación de un amigo, puede entrar en un círculo de estudios selectos, capitaneado por su presencia dogmática. Gerard (a secas por ese entonces), manejaba teorías de corte Junguiano, evocando los viejos mitos y un subconsciente colectivo por el cual todos nos manteníamos conectados. Sin embargo, añadía elementos psicodélicos a la mezcla, con una seriedad académica que resultaba sinceramente cautivante.

Rápidamente los vínculos entre los asistentes al grupo, comenzaron a estrecharse. Normal, considerado que al poco de adentrarnos, nos convertíamos en una pandilla de motociclistas de la realidad, rodando por el asfalto de la conciencia. Nuestros trastornos, obsesiones, deseos y demás elementos en nuestra psique, eran destripados y consumidos por el resto, sobre todo por Dalton.

Los progresos colectivos parecían ir bien, pues según las notas del entonces alumno: "Con cada sesión intensiva de "psicoactividad", derrumbábamos más falsedades de la psicología convencional". Cosa que

nos llenaba de orgullo, pese a que precisamente esas sesiones eran la causa de nuestros diversos desplomes personales.

Poco a poco, el grupo fue disolviéndose. Algunos lo abandonaban obligados por falta de recursos con los que mantenerse, otros eran intervenidos por sus familiares y parejas. Yo, que entre todos los viciosos era el menos implicado, abandoné directamente al grupo y a Dalton, cuando mi ansiedad por las siguientes sesiones, era cada vez más intensa y taladrante.

Todo esto evidentemente tuvo una consecuencia ante el "Doctor Full Moon" (Como se hacía llamar Gerard durante el clímax de sus "Psicorituales"). Era usual leerle deshacerse en insultos del tipo "Jipitecas abandarianos" y "Hermetistas de aparador", cuando tocaba el tema del círculo de estudio original en sus participaciones escritas.

No pasó mucho para que las practicas del círculo salieran a la luz pública, poniendo en riesgo la prevalencia universitaria de todos los implicados. Cosa a la que, el entonces estudiante de doctorado, dio solución develando a todos los implicados del círculo, incluso los retirados.

Desde que me expulsaron, no supe nada de Gerard y sus investigaciones, por ello se me hizo particularmente escabroso ver que su trabajo incluía mi nombre al momento de dar dedicatorias. Página que procuré dejar de lado, casi de inmediato.

Sobre la primera mitad del texto, la que tiene toda la estructura de un diario informal, hay poco que decirse. Apenas había anotaciones interesantes que no terminasen con el acto de consumir sustancias o alagar sus futuras (y para ese punto, inexistentes), aportaciones a la humanidad como pionero de una nueva disciplina.

Sin embargo, al llegar a un cierto número de páginas amarillentas, encontré la verdadera carne del asunto. Con el título: "La tradición del pueblo de San Agustín de Axulpa" y las iniciales del doctor, la lectura marcaba el inicio del verdadero trabajo de investigación:

<<Del poblado San Agustín Axulpa, se cuentan numerosas leyendas de origen relativamente reciente, comparado con otros poblados de fama similar. Entre las más mencionados, se habla de la niebla purpura que baja del monte pasado el mediodía y la existencia de un culto a una figura enigmática a la que muchos se refieren con el nombre de "La Niña".

Las características de la niebla son particulares pues, además de ser mucho más densa y húmeda que la usual en estas latitudes, también produce alucinaciones vividas en el individuo. Generalmente estas alucinaciones están relacionadas con seres de carácter espirituales (como ángeles, demonios o deidades de bajo astral), aunque en algunos casos

también se mencionan a seres queridos fallecidos.

Un efecto secundario de la exposición a dicha neblina, es la inminente muerte del individuo, a causa del "espanto" (probable intoxicación). Dicha muerte puede llegar a ser evitada de dos formas específicas, según la tradición: La primera es llegar a uno de los puntos sagrados, desnudarse, dejar una ofrenda y orar a la mística figura de "La Niña", abandonando cualquier otro credo.

El otro método consiste en abandonar el sitio lo antes posible y acudir con los curanderos locales, para que les saque la neblina de los pulmones por medio de un proceso doloroso, en el pecho. Vale la pena hacer énfasis en que, todos los testimonios respecto al fenómeno en cuestión, fueron obtenidos por personas que han pasado dicho tratamiento>>.

Primero pensé que aquel fragmento se trataba de una fábula o una práctica de ficción filosófica. No sería algo nuevo o ajeno al proceder del Doctor, pues en múltiples ocasiones solía utilizar la narración como herramienta para explorar sus ideas. Además, la naturaleza de sus estudios le hacía voltear constantemente a los ritos y leyendas, como una forma de entender la psique.

Para mi sorpresa, una búsqueda rápida respecto al poblado y el culto, me hizo cambiar mi forma de percibir el texto. Si bien, no existen mucha información de la localidad, el culto y el fenómeno, si pude encontrar algunos registros que le daban veracidad a los apuntes.

Abrumado, decidí proseguir mi lectura, para intentar adivinar donde se terminaba la realidad en todo este texto. Me Acomodé en mi reclinable anaranjado y, con bastante cuidado, pasé a la siguiente página.

<< Por medio de diversos contactos, tuve la oportunidad de sentarme a conversar con los curanderos de la zona. Gracias a ello, pude descifrar algunos datos de vital importancia al momento de explorar estos efectos en mí.

Por ejemplo, se dice que algunos frutos con altas cantidades de vitamina c, pueden ayudar a agudizar los efectos alucinógenos, así como reducir la incredibilidad del afectado. Por ello, en los puntos ceremoniales, los pobladores de la sierra suelen dejar guayabas y papayas en canastos.

Me hablaron también del culto, a grandes rasgos. Este se trata, en escancia, de una práctica sectaria de origen evangélico que parece administrar un poderoso alucinógeno endémico de la zona a sus seguidores. Algo que aparentemente produce efectos ligeramente similares a la mezcalina, pero de mucho mayor potencia.

Siguiendo su corriente de pensamiento místico, parece ser que los únicos no afectados por los sucesos, son aquellos que se han segado espiritualmente, quebrando cualquier conexión con su pasado transcendental. A nota personal, creo que estos personajes deben ser personas que ocupan algún otro tipo de estimulante de tipo depresor, que los hacen romper la conexión con el subconsciente colectivo.

Con la finalidad de dar respuestas y entender mucho mejor las sustancias a las que los cultistas se ven expuestos (así como la influencia que tiene sobre su salud mental), eh decidido acudir al pueblo en cuestión. Conseguí un transporte seguro y guías que me condujeran por el camino ritual a la cima>>.

<<Me ha tomado tres días llegar al camino ritual. La terrecería de tepetate que conecta los tres pueblos previos, me queda corta en mi labor investigativa. Desgraciadamente, mis compañeros y guías me abandonaron aquí, pues dicen que la camioneta donde nos transportamos, no puede cruzar el acceso boscoso.

Esto claramente marca una alteración con respecto mis planes, pues procuraba arribar al poblado para antes de que la niebla me atrapase en la subida. Procuro calmarme antes de tomar una decisión, pues adentrarme directo al estómago selvático es sinónimo de peligro.

Consciente del riesgo, decido avanzar entre los troncos y yerbajos. Claro, no sin antes probar mis suposiciones iniciales, tomando un trago y algún polvo de ángel que me guardaba en la solapa, en caso de emergencia.

No tardé mucho en llegar al punto más oscuro, donde la luz del sol mañanero, apenas reluce como luciérnagas entre las frondosas copas.

Ahí, alumbrado por grandes plastas de parafina, se encontraban escalinatas y jardineras de concreto, recubiertas por el musgo.

Contorneándoles, había hongos varios y ropa roída. En el suelo, entre el lodazal y la hojarasca, se encontraban imágenes y retablos dedicados a variados santos, en total estado de abandono.

Como estaba lejos del meridiano, pensé que no había necesidad de quitarme la ropa en aquel momento. Debo reconocer que pasearme por ese pensamiento, me llenó de confianza para terminar el viaje. Aunque, con algunas horas de lejanía respecto al centro ceremonial, mi confianza comenzó a desvanecerse.

Los gritos de primates rebotaban en toda la senda, furibundos como un preámbulo de lo que parecía aproximarse. Quizás, era la manera en que el monte, fúnebremente, me advertía del futuro más probable>>.

<<Dicen que me encontraron merodeando los alrededores, desnudo. Con los ojos vidriosos y conversando con una multitud imperceptible para los

demás. Yo, apenado, solo pude preguntar por mi ubicación exacta, a lo que mi interlocutor me respondió sin problema "La tierra de la Niña". Palabras que, a medio año de haberlas escuchado, aún no se me han borrado del pensamiento.

Durante las primeras semanas se me dio, a modo de habitación, lo que antaño sirvió como dispensario. Parecía ser que, entre los pobladores, el que hubiera culminado la ruta pese a la intoxicación, era un acto admirable. Algo que también implicaba que debía permanecer dentro de la comunidad.

No obstante, había gran recelo hacia mí, pues durante este plazo, se me excluía de cualquier actividad ritual o conocimiento. Se me apartaba también, de algunas zonas, dejándome solo transitar por los bordes del poblado. Además, el autogobierno del lugar, deliberaba a puerta cerrada el valor de mi permanencia y los términos de la misma. Juntas de las que yo era totalmente ajeno y de las que solo recibía información de terceros.

Independientemente de ello, los pobladores me procuraban comida y ropa para subsistir como a cualquier otro miembro. Esto me permitió conocer un poco más respecto a la estructura social del culto, ya que dentro de los pobladores se vivía una repartición equitativa de los recursos. Este espíritu de colectividad traspasaba incluso el terreno de lo particular, pues habían abandonado el concepto de pareja, propiedad o siquiera una manera de identificarse individualmente.

También por esas fechas, descubrí que el fenómeno morado del monte, no tiene ningún tipo de impacto en la vida de los pobladores, pues se genera a algunos metros del límite concerniente al poblado. Algo que me desconcertaría en su momento, pues adjudique todo el tema a plantas u hongos nacidos en la zona.

Pasado mes y medio de mi llegada, se me entregó el asilo completo. Esto implicaba que podría pasearme por cualquier zona de mi interés. En ello se incluía desde participar en los rituales sacros, hasta los espacios íntimos de otros habitantes (cosa que, incómodamente, era reciproca).

Con esto, también se marcaba una clara pauta aprobatoria con respecto a la información y el uso de objetos de carácter ritual. Con especial excepción de lo que llaman "La piel de la niña", el alucinógeno sobre el que se erige la mítica del lugar y que se da en dosificaciones.

Fue precisamente con este privilegio a la información, con el que pude entender más a profundidad la naturaleza de la región donde me encontraba y el porqué de sus formas. Según las tradiciones, "la niña" llegaría al pueblo por medio de un familiar, que la trajo con fiebre, únicamente a bautizar, con el afán de que pudiera tener cristiana

sepultura. Después de que la frente desnuda de la niña entrara en contacto con el agua del bautismo, fue que la niebla apareció y, desde aquel entonces, ella y el padre de la iglesia, se encargaron de ejercer de ley suprema para los habitantes.

Pensé yo, por muchos días, que aquella historia era solo el mito sombrilla, bajo el que se amparaba esta secta. Algo que conectara dos acontecimientos separados, para mantener comprometidos a un nivel espiritual a sus feligreses. Ideas que cayeron conforme las cosas se dieron naturalmente.

Primero, llegaron los rituales de "Lavamientos", donde por primera vez pude ver por mí mismo, la presencia de la niña. La ceremonia se lleva a cabo durante la noche, en una pileta de mosaicos azules dentro de una cueva, a pocos metros bajando el monte.

Ahí, la niña se presentó entre rezos corales, con un ropón azul cielo y detalles dorados. Su rostro, fino y afilado, lucía un maquillaje que le hacía ver mucho más pálido, como fantasmagórico. A su lado, estaba el cura Juan Ramón, un hombre ciego e hinchado que apenas podía mover la mandíbula para secretearse con su sequito.

El Éxtasis completo de los rezos, se dio cuando el ropón calló al suelo y la espectral presencia de "La Niña", introdujo su cuerpo hermafrodita, en el agua cristalina. "Martín", repetían las fervorosas voces mientras la piel de la apócrifa santa se descarapelaba y cristalizaba. Un vapor amoratado, nos dejó inconscientes a casi todos.

El segundo evento que me dio una mayor comprensión, fue el consumo de la "Piel". Me cuesta trabajo verbalizar correctamente la reacción que trajo en mí, pues no se parece a nada que tuviera la oportunidad de experimentar. Me atrevo a decir, que esto ha trascendido, por mucho, cualquier acercamiento que tuviera sobre el genuino conocimiento psicoespiritual.

Recuerdo mi primera experiencia con este elemento granuloso, cuando fue colocado en un incensario, durante la misa de "Eterna Comuni3n". El humo comenzó a tergiversar las formas y dimensiones en la iglesia. La multitud gradualmente perdió sus formas definidas en favor de recombinarse en una silueta irreconocible. Parte animal, parte humano, parte ídolo y parte abstracci3n.

La catedral cedió su espacio a una nebulosa tornasol, que parecía carecer de forma racional o física alguna. La criatura se reconoció ante mí como uno de los seres originales, bajo el nombre de "Achmoc-ohl". Habló en el idioma con el que está escrita la realidad y me comentó el contenido de

un millar de años en apenas algunas frases.

Prosiguió a desenmarañar, idea a idea, el trabajo de mi vida. En apenas un verbo primigenio, redirigió la investigación de maneras que mi comprensión apenas relamía. Bramaba a momentos, pues sentía que mis colores se fugaban del cuero. Al final, nada, apenas unas brazas de lo sucedido.

Experimenté esta sensación en repetidas ocasiones. En cada una, me confronté con la figura de naturaleza inter-real y su visión ajena a mis geometrías mentales. En todas, pude apenas rescatar migas que se desbancasen gradualmente. Sensación que solo puedo describir como la frustración de ver un huevo neón, escurrir en un sartén recubierto con teflón.

Lo único que pude recuperar por completo, fue la semilla textual que ha germinado en mi mente. Un recuerdo que me ha afilado como navaja arrojada, moviéndome como una extensión de la voluntad superior.

Planeo ampliar más esta información a detalle en mi estudio, pues ya eh conseguido alguien que me substraiga del lugar y necesito dedicarme de lleno a plasmar lo que se me ha concedido.

Anoche vinieron algunos hombres, junto al gobernador del estado. Aparentemente con la finalidad de llegar a acuerdos respecto a la autogestión del lugar. Les he hablado de mi situación y, comprensivamente, han accedido a llevarme en sus camionetas durante la noche>>.

<<Las cosas fueron mal, peor de lo que pensaba ingenuamente. Estaba tan maravillado con el regalo inmaterial, que me olvide de mis condiciones terrenales. Todo terminó en una ráfaga de balas, que ni la niebla pudo desviar.

Los hombres, aquellos que me llevarían de regreso al exterior, resultaron ser matones encomendados por el narco de la región, para acabar con lo único que no podían cotizar en el mercado. Apoyados por un patrocinador estatal, vaciaron el poblado por medio del decreto de gatillo. En realidad, tal desplante de fuego fue incensario, pues lo único que debían de hacer, era arrancarle a "la niña" de su gente.

Conseguí llevarme a Martín en brazos, escabulléndonos en el enramado del monte. Sustraerlo no representó ningún problema, bastó con cargarlo fuera de su habitación y correr, hasta que las piernas se me ampollaran y acalambraran. "La niña", despojada ya de cualquier santidad, se mantenía en un estado casi vegetal.

Pasé algunos meses tratando de ocultarnos, hasta que contacté con algunos conocidos en la capital. Evité mencionar cualquier cosa de los últimos meses, por precaución. Ellos me recogieron en la terminal de autobuses, acompañado de una supuesta novia, ataviada con un burka de improviso. Nadie se atrevió a hacer comentario alguno.

Con unos meses de estar viviendo juntos, cualquier misticismo se nos había escurrido por las coladeras del departamento. Los rituales pasaron a ser rutinas. Lo mundano corrompió lo sacro hasta la piel y esta, a su vez, perdió cualquier cualidad metafísica. Un carcome neuronas sin más.

Cuando la realidad parecía hegemónica en nuestra situación, las tintas de lo inmaterial se develaron de nuevo. Me atormentaron las dádivas de la presencia, recordándome el sentido final de mi búsqueda. Estigmas psíquicos que me han consumido hasta arrebatar me de cualquier habilidad cognitiva, ajena a su voluntad.

Amigo, yo sé que desde tu reclinable naranja, al repasar mis páginas te mantendrás en los rincones de la seguridad mental, al resumir todo esto en una anécdota de excesos físicos y narcisistas. No te culpo, naciste bajo un arquetipo que no favorece el tránsito a los planos superiores.

Sin embargo, el texto primario me ha develado (hasta la demencia), que tú serás el puerto final de la que ha nacido del pensamiento. La niña te pertenece ahora y en ti radica la responsabilidad de llevar al colectivo por un éxodo a su verdadera individualidad. Yo no puedo encargarme más de ello, está será mi última anotación, antes de deslizarme a mi identidad final.

En cuanto tu vista consuma el último punto, llamará a tu puerta. Ha cambiado mucho, pues el cochambre ideológico se ha apoderado de ella y le es imposible recordar su lugar en el plano existencial. Negará, probablemente, lo que te relato en estas páginas y al verla, tu pasiva naturaleza te obligará a cederle razón. Entendible, sin más. Te imploro, te atrevas a dejar la comodidad del respaldo, cuando todo comience>>.

La última anotación me hizo arrojar la libreta, no quise saber más de este disparate. Tocaron a la puerta insistentemente, pero no me atreví a levantarme. Cerré los ojos lentamente, hasta que las cosas se pusieron borrosas y el sueño hizo nido en mí. Mañana habría cosas en que ocupar la mente.